

Memorias ambulantes de la ciudad viajera El caso venezolano¹

Carmen Aranguren Rincón²

Resumen

La ciudad la percibimos siempre en tránsito, errante, con sus memorias e imaginarios sociales. Los discursos que provee la existencia humana, fragmentada y ambulante se diseminan en los escenarios públicos y privados, donde dejan su impronta cargada de leyendas, mitos, saberes e imágenes, que transgreden los espacios tradicionales de comunicación y los ritmos habituales de vida. La ciudad venezolana, tan frágil y resistente a la vez, propicia relaciones sociales complejas para construir el sentido de ciudadanía. Las grandes contradicciones de nuestras ciudades, inmersas en tempestades políticas y anhelos de un mejor porvenir, alientan la búsqueda de significados para descubrir códigos ocultos, negados o no, que están registrados en el repertorio de la cultura urbana.

Palabras clave: ciudad, memorias, ciudadanía, práctica cotidiana

- 1 Este artículo se deriva de la ponencia presentada en el V Congreso Europeo de Latinoamericanistas —Bruselas, 11-14 de abril, 2007—, y forma parte del proyecto de Investigación Código: H-1206-08-04-AA, aprobado y financiado por el CDCHT-ULA.
- 2 Magíster en Educación. Profesora-investigadora perteneciente al Grupo de Investigación Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales. Facultad de Humanidades y Educación. Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela. Correo electrónico: carmenaran@hotmail.com

Abstract

ITINERANT MEMORIES OF THE TRAVELER CITY: THE VENEZUELAN CASE

We perceive the city always in transit, errant, with its memories and social imageries. The discourses provided by human existence, fragmented and itinerant are disseminated among public and private sceneries, where they remain its imprint full of legends, myths, knowledge and images, that transgress spaces of traditional communication and the usual rhythms of life. The Venezuela city, as fragile as resistant at the same time, propitiates complex social relations to built the citizenship sense. The great contradictions of our cities — immerse between political storms and yearnings for a better future — encourage the search to discover hidden codes, denied or not, that are registered in the repertory of urban culture.

Key words: *city, memories, citizenship, quotidian practice*

La ciudad venezolana se estremece al vaivén de memorias itinerantes; algunas en espacios tangibles y otras, en escenarios simbólicos. Ambos contextos albergan e intercambian narrativas, complicidades y códigos de una nueva cultura que asoma tímida ante la irrupción de vivencias cotidianas marcadas por la crisis, la incertidumbre y el cambio, procesos configurativos de imaginarios y prácticas que soportan la memoria urbana.

Esta realidad exige un reordenamiento de la ciudad, a la vez que desliza modos distintos de hacer política y de repensar el papel del Estado como garante de iniciativas de la sociedad civil, ejercicio que reclama discusión en el marco de los intereses ciudadanos.

Los discursos que provee la existencia urbana, fragmentada y ambulante virtualmente, se diseminan de diferentes modos en los escenarios públicos y privados, donde se construye el sentido de la ciudadanía. Esos discursos cargados de leyendas, mitos, saberes e imágenes, transgreden los espacios tradicionales de comunicación y los ritmos habituales de vida.

La ciudad —en nuestro caso la ciudad venezolana— constituye un emporio de diversidades sociales y culturales siempre en tránsito, en devenires, en simultaneidades de tiempos que envuelven artificios colectivos en búsqueda de acomodos para atar o simplemente asomarse a la supervivencia.

La mixtura étnica, cultural y socioeconómica de nuestras ciudades representa aquello que pervive de los deslaves histórico-culturales, siempre presentes en la herencia atávica que moldea los comportamientos sociales, las representaciones colectivas y los rituales comunes, sin que esto signifique un anclaje negado a la intromisión de nuevas identidades que delatan los signos del presente. Puede parecer difícil explicar las grandes contradicciones de nuestras ciudades, inmersas en tempestades políticas y anhelos de un mejor porvenir. Esta imagen que combina eclecticismo, desbarajuste y aspiraciones, se descalabra ante cualquier intento de territorialidad, ordenamiento o estructuración novedosa.

La ciudad actual, como construcción social compleja y problematizada, revela los intercambios entre lo simbólico y lo material en constante creación, articulación y reconstrucción de referentes patrimoniales, de mapas que involucran localizaciones imaginarias e identidades híbridas en continua mutación y desplazamiento. Los espacios de encuentro y desencuentro se hacen simultáneos, se reducen o multiplican y se esparcen en los avatares de la cotidianidad.³ Es, entonces, cuando la ciudad de las fabulaciones y los espejismos proyecta una felicidad volátil, maltratada en los juegos de azar, la violencia, las promesas incumplidas, el ajuste de cuentas y las diversas formas de degradación humana. En este sentido, “la ciudad venezolana tiene mucha amargura y dolor; pues, a pesar de su inmenso potencial y vocación geográfica de centralidad es malquerida y desdeñada por la gente y las autoridades” (Niño, 2007).

3 Para Agnes Heller (1977:96), “...en las formas de actividad de la vida cotidiana es donde se realiza el hombre entero (...). Hemos afirmado que la vida cotidiana en su conjunto es un objetivarse. Como tal se mueve en un determinado nivel; este nivel está constituido por aquel cierto ‘mundo’, es decir, por el ambiente en el cual el hombre nace y que él ha ‘aprendido’ a mover y a moverse; el mundo con sus comunidades, integraciones preformadas y, ante todo, sus sistemas de usos establecidos, con sus cosas, instituciones, sus juicios y prejuicios, con su contenido afectivo y su tensión emotiva, su educación, con su técnica, su ‘usabilidad’, etcétera...”

De hecho, el ciudadano soporta diariamente las consecuencias de la anarquía urbana; por lo que nos preguntamos: ¿qué posibilidad existe de contrarrestar este fenómeno? ¿Cómo hacer la ciudad vivible, sin que pierda los contrastes que la definen en su condición multicultural? ¿Cómo construir experiencias y respuestas que contrarresten las prácticas de la xenofobia, la discriminación y la intolerancia que horadan la diversidad y la equidad en sus variadas manifestaciones?

Dentro de esta línea de interpretación, Marín (2007:102) afirma que “nuestras ciudades padecen violentos procesos de transformación ante la emergencia descoordinada de las minorías sean éstas étnicas, religiosas, sociales, sexuales o políticas. Ellas son agentes sintomáticos de la fragmentación ciudadana y de sus existencias, pues todas las voces no escuchadas o excluidas aparecen en medio de una polifonía sin orden, que pareciera comenzar a tener peso dentro de los panoramas ciudadanos. Las minorías desde siempre han habitado la ciudad, han sido parte de ella y de sus relaciones, pero su abrupta emergencia formula nuevos mecanismos de exclusión e inclusión, que no dan respuestas certeras a la creciente realidad de las ciudades.”

En estas condiciones, la ciudad venezolana tan frágil y resistente a la vez, propicia la aparición de guetos conformados por grupos que participan y protegen la violación de los más elementales derechos ciudadanos. Estos colectivos —por llamarlos así— presentan similitudes y diferencias en sus *modus operandi*, en sus costumbres erráticas y en sus aspiraciones inmediatas. Sus posibilidades de acceso a los bienes tangibles y culturales son precarias, por lo que el registro de sus intervenciones bosqueja una ciudad herida, sangrante, donde transitan presencias disímiles, cargadas de impotencia para descubrir o enfrentar esa cara indeseable de la urbe.

Nuestras ciudades son irreductibles a visiones unidimensionales; ellas transitan entre la tradición y la modernidad, entre el centro y la periferia, entre colectivos establecidos y emergentes, por lo que puede afirmarse que su cualidad es una y múltiple. Este enfoque obliga a observar la realidad urbana caracterizada por complejos procesos de intercambio, de continuidad y discontinuidad, de pluralidad y creación imaginaria, donde las culturas y sus sujetos otorgan sentidos y significaciones a la vida citadina.

Nos remitimos a García Canclini (1997:109) cuando expone que “las ciudades se configuran también con imágenes. Pueden ser las de los planos que las inventan y las ordenan. Pero también imaginan el sentido de la vida urbana las novelas, canciones y películas, los relatos de la prensa, la radio y la televisión. La ciudad se vuelve densa al cargarse con fantasías heterogéneas. La urbe programada para funcionar, diseñada en cuadrícula, se desborda y se multiplica en ficciones individuales y colectivas.”

En consecuencia, la complejidad de las metáforas, de los espacios y tiempos multiformes en los que se mueve la cultura urbana es ajena a esquemas reduccionistas que convierten los fenómenos urbanos en datos intrascendentes, dentro de parámetros descontextualizados históricamente. Por tanto, la realidad urbana vista desde esa urdimbre, desde esa multiplicidad, nos plantea más preguntas que respuestas y propende la búsqueda de nuevas textualidades y nuevas lecturas.

Los imaginarios ambulantes de la ciudad intervienen las ciudadanías y las identidades en un proceso continuo de construcción-deconstrucción-redefinición de pautas de comportamiento, de estereotipos, costumbres, normas y memorias colectivas, donde coexisten los distintos modos de habitar e imaginar. Podríamos preguntarnos ¿cuántas y cuáles de estas experiencias representan una transformación para el bien ciudadano? Discutir estos temas es parte del debate sobre la vida de la urbe y sobre los valores que circulan en la ciudad de los miedos. En este caso, se trata de discernir si lo que ha de prevalecer es la ciudad como espacio habitable o la ciudad caótica que trastorna la racionalidad y los sentimientos humanos.

Las condiciones traumáticas de vida en la ciudad actual alteran la convivencia⁴ y el sentido de pertenencia. Esta realidad proyecta un modelo de ciudadano que vive para resguardarse de la inseguridad, lo que potencia un pensamiento disociado y un determinado comportamiento

4 “La convivencia es lo que se vive con los otros; en un condominio pueden habitar mil personas sin llegar a convivir; viven pero no conviven. La convivencia es adentrarse en el otro; es intercambiar ayuda, experiencias, fantasías, alegrías y tristezas. Los individuos de un determinado universo social llegan a identificarse como miembros de una comunidad, pero difícilmente todos conviven” (Juan Manuel Piña Osorio. 2002:57).

societal que desestructura la práctica cotidiana. La ciudad de ahora, a pesar de sus avances, no ha podido proporcionar bienestar colectivo tanto en lo tangible como en lo inmaterial. Por ello, cada día se percibe el deterioro en la calidad de vida ciudadana, donde la frustración se transforma en violencia o apatía. En nuestro país pudiéramos hablar de la ciudad “enrejada”, pues las viviendas poseen esta característica común que delata los temores de sus gentes, el poder del terror que no fija día, fecha ni hora para destruir la esperanza. En este escenario, el tiempo de la cotidianidad es siempre el tiempo de la cautela donde la vida, la memoria y la imaginación permanecen en alerta constante; es la negación de sí mismos como seres urbanos.

Tal vez, en la búsqueda de compensar esta imagen de ciudad oscura, el ciudadano medio crea su propio refugio, como defensa, en el mundo de lo privado donde las redes informáticas suplen ilusoriamente las carencias de comunicación y sociabilidad. Allí se aísla, se envanece, se traslada al tiempo que no cuenta y se abstrae del mundo que lo fustiga. Esta situación, al parecer, en tanto comunicación, conduce a aceptar el viaje alucinante que, según Paul Virilio convierte al urbano en un autómatas encapsulado en la máquina; salida-viaje-llegada, tránsito durante el cual se dormita y se pierde la posibilidad de interactuar con las vivencias. Este proceso constituye una forma de desarraigo interior, de extrañamiento de la existencia, de negación de una vida compartida, sin pretensión de aspirar una ciudad utópica, encantada, a semejanza de Amaurote en la obra de Tomás Moro.⁵

Es importante entender que los procesos de poblamiento y ocupación de las ciudades han tejido una trama urbana, donde el sujeto individual y colectivo se asume atrapado en los conflictos ocasionados por la relatividad de las fronteras entre lo legal y lo ilegal. Tal hecho ha configurado —en alguna medida— una personalidad ciudadana indiferente, incrédula, que no se reconoce parte de la ciudad a pesar de vivir y transitar sus memorias nómadas. Recordemos que “la ciudadanía es sobre todo un proceso y una práctica por la que los ciudadanos y

5 Thomas Morus, *Voyage à l'île d'Utopie*, trad. T. Rousseau. París, Ch. Delagrave, 1888. Tomás Moro se inspira en Platón (La República, libro IX), que diseña en el mundo de sus ideas (592b) un modelo ideal de ciudad que será habitada por “ciudadanos buenos y civilizados” (470e).

ciudadanas comparten valores y normas de comportamiento que les posibilita la convivencia y les dota de una identidad colectiva” (Rodríguez y Sabariego, 2003:302).

La ciudad no es sólo un fenómeno urbanístico; está constituida por la sinergia entre sus instituciones y los espacios culturales que brindan la posibilidad de aprender con sus distintos ritmos. Esta dinámica es el lugar de la diferencia y de la pluralidad, del desarrollo del pensamiento crítico que indaga en la manera cotidiana de existir:

Tenemos que leer a nuestras ciudades para recrearlas; ellas y el país esperan que nos preguntemos por sus claves históricas y sus nexos con el mundo actual, para que las refundemos como soporte de una forma de vida diferente y superior a la que nuestra inconsciencia nos ha condenado hasta este inicio del siglo XXI (Viviescas, 2000:61).

Es cierto que la intervención del ser humano en la organización de la ciudad no ha sido la más constructiva, pues se privilegia la defensa de intereses individuales por encima de los del colectivo; por tanto, se pretende anular a quien piensa diferente, a quien siente desde otras fronteras, a quien elabora universos distintos, todo lo cual resta valor a la aspiración de vivir juntos para compartir un lugar común.

En el tortuoso camino hacia la formación de la cultura ciudadana, las ciudades se fragmentan en las dificultades, estallan en las aberraciones y se refundan en la superación de vicios que dejan huella en sus distintos recorridos. La ciudad moderna ha mostrado descuido al desatender los reclamos de participación social y solidaridad para superar la lógica de la racionalidad instrumental. Se obvia que la tradición tiene un vasto patrimonio que aportar a la identidad ciudadana y que la relación entre consenso y disenso reconstruye el tejido comunicativo que dinamiza la urbe.

El vínculo entre ciudad y ciudadano es mutuamente constitutivo y se puede abordar desde diferentes puntos de vista, criterios y valoraciones. Una idea fundamental es reconocer que la ciudad y el ciudadano se condicionan recíprocamente y que, por medio de distintas fuerzas,

ambos actores convocan a la aceptación o al rechazo de modelos de comportamiento que la sociedad adopta.

Es evidente que la marginalización urbana crece a ritmos acelerados⁶ y a la par de la urbanización desordenada, lo que supone problemas de orden estructural, de carácter permanente y conflictivo. Junto a la precariedad en la calidad de vida, este fenómeno promueve la exclusión masiva que comporta también la zonificación de la pobreza. El marcado contraste en las condiciones de existencia en la ciudad, genera estilos diferenciados de vida con desiguales niveles de conflictividad social.

Parece imprescindible, entonces, abordar los nuevos y viejos escenarios urbanos con múltiples miradas que abarquen la complejidad de los actores, sus situaciones, aspiraciones, fortalezas y debilidades, pues en este contexto resultan entramados los problemas y sus respuestas.

En nuestras ciudades, el diálogo entre culturas recrea las representaciones sociales que enriquecen su patrimonio en el lenguaje plural de la urbe. Las palabras, las imágenes y las prácticas multiculturales muestran las contradicciones y desigualdades internas que tienen su fuente en el intercambio asimétrico, económico y cultural, entre los países y entre las ciudades. Es notoria, entonces, la redefinición constante de las identidades en un universo heterogéneo atravesado por relaciones de poder.

La ciudad es un lugar para algunos y un no-lugar para otros.⁷ De todos modos es imposible sustraerse a sus encantos e infidelidades, pues:

6 Según el censo demográfico de 1990, más del 61% de la población urbana de Venezuela vive en los "barrios de ranchos", lo que representa 10 millones de personas que ocupan 140.000 hectáreas. En consecuencia, los barrios constituyen la mayor parte de las ciudades venezolanas. En: www.habitat.aq.upm.es/bpn/bp377html

7 No lugar, *ou topos*, es el significado etimológico de utopías.

...existir en la ciudad es haberse acostumbrado a ver las formas humanas (ver en la ciudad), oír los ruidos típicos y extraños (oír en la ciudad), oler los más variados aromas (oler en la ciudad), ver-tocar múltiples cualidades materiales, tener las más variadas relaciones con el espacio: lo hacinado y lo solitario, lo atrayente y lo agresivo (Ramos, 2002:25).

Esta fusión de memorias concede un atractivo enigmático a la ciudad que invita a la apropiación de sus cuerpos, de sus juegos de lenguaje, de sus símbolos, porque hay ciudades diversas en una sola y, sin embargo, allí coexiste el sentir diferente de cada ciudadano.

Como texto y contexto de territorio simbólico del mundo social, accedemos al conocimiento de la ciudad mediante las representaciones que de ella elaboran sus gentes y que matizan los imaginarios colectivos.

Las distintas polifonías narrativas que deambulan por la ciudad exceden sus límites físicos para posesionarse en un tiempo sin fronteras, sin certezas ni conceptos estáticos o deterministas sobre lo urbano. En este ámbito aparecen nuevas formas de vecindad donde se combinan modos tradicionales de vivir y de explorar lo local, junto al interés por lo distante, por acontecimientos generados en lugares opuestos del planeta.

La ciudad, a la vez que es única en su singularidad, es plural y contradictoria; sus avatares demandan una lectura polisémica para descubrir códigos ocultos, negados o no registrados en sus itinerarios. Puede considerarse el más avanzado espacio de lo social, por lo que su análisis exige penetrar distintas rutas conceptuales, disciplinares y afectivas, donde los sujetos interactúan en un ámbito de negociación de significados. El asedio de la globalización en este repertorio cultural, obliga a apropiarse de la complejidad de las redes informáticas para entrar en el mundo de la "fascinación" que desplaza el acto presencial y desterritorializa las fronteras del saber.

Cada día los ciudadanos de distintas clases sociales están más conectados y, por esto mismo, habitando su ciudad virtual,

llamada por algunos la “teleciudad” por actuar desde lejos y sin sitios específicos, afectando más a la otra que llamamos real (Silva, 2004:84).

Cabría preguntarse, ¿cuál es el papel de la ciudad frente a la globalización y a los localismos?; ¿cómo encara la ciudad el desafío que genera la velocidad de la información y la circulación de bienes que desplaza al imaginario urbano hacia recónditos espacios de la vida pública y privada? Todo esto cabe en la consideración de que en las urbes de nuestro país, convive lo tradicional con la modernidad y la posmodernidad en una superposición de planos socialmente heterogéneos.

Este escenario supone que la formación de identidades urbanas viaja sin cesar por los laberintos de la comunicación, de los silencios y de la multiplicidad de pertenencias a la cultura ciudadana entendida con criterios locales, nacionales y universales. Las dinámicas sociales e identitarias son depositarias de la memoria histórica narrada en el ámbito de las prácticas interculturales; de esta manera, las miradas y lecturas de la ciudad son un pretexto para construir el *topos* y el *chronos* que atañe a la ubicación ciudadana. La posibilidad de irrumpir en el espacio urbano implica descubrir, articular, organizar y representar un conjunto de imágenes diversificadas y entrelazadas en universos simbólicos, reales y complejos (Marín y Aranguren, 2004).

El proceso de humanización o descomposición de la organización urbana, responde a las situaciones sociales e históricas de cada tiempo y espacio, donde el poder se manifiesta en uno u otro sentido y el ser humano participa tanto con su presencia como con su ausencia. En este escenario, los actores sociales reproducen con sus prácticas las ideas y las condiciones que configuran un modelo de sociedad.

Latinoamérica es un ejemplo de incesantes travesías hacia la consolidación de una sociedad civil que construya la esencia de ser ciudadano/a. En este trayecto enfrenta el reacomodo a las demandas de la modernidad y a las contradicciones internas generadas por los procesos de globalización y de mercado, con su efecto en las redes de socialización y participación cívica donde se gestan los valores subjetivos.

En los comportamientos urbanos se evidencia la debilidad de una conciencia ciudadana, así como de principios democráticos que sustenten una mejor calidad de vida. La negación de este derecho contribuye al crecimiento de una población excluida que ocupa los cinturones de miseria alrededor de las grandes urbes, de manera que estos colectivos permanecen al margen de la ciudadanía plena y del empleo productivo. Sectores disidentes del estado actual de esta realidad, se plantean la búsqueda de una resignificación del espacio público-institucional que dé cabida a la diversidad y a nuevos sentidos de la integración.

El cambio epocal que transitamos revela la crisis de la sociedad, del Estado y de la ciudad, lo que supone un cuestionamiento a la racionalidad política, económica, social y cultural que prevalece en los tiempos presentes. Tal vez la construcción discursiva y práctica de nuevas identidades en un mundo de fuerzas y amenazas, apremie el surgimiento de otras socialidades como lugar de encuentro para el debate sobre la civilidad contemporánea. Ello obliga a repensar el porvenir de las minorías excluidas, la admisión del conflicto como puente para la búsqueda de soluciones, la resistencia frente a los determinismos y al poder omnímodo que, entre otros argumentos, constituyen un reto para el pluralismo como apuesta cívica y ética del convivir entre diferentes.

Otra arista de la problemática urbana está dada por la emigración del campo a la ciudad, siendo inaceptable la oposición que muchas veces se atribuye a esa diáspora con respecto a la urbe receptora, pues a pesar de la especificidad en las condiciones de vida y en el repertorio de imágenes, costumbres, valores y contrastes, ambos contextos están interrelacionados y poseen carácter interdependiente en el tejido comunicativo que envuelve la construcción social de la realidad.

Pérez Hernández (2000:297) acota que este fenómeno:

(...) no significa la búsqueda o adaptación voluntaria o espontánea del campesino a la ciudad, sino el proceso de *desarraigo*⁸ de una gran parte de la población, de su medio, de su identidad y su

8 Destacado nuestro.

cultura, la cual está impregnada por una identificación y relación directa con su entorno natural.

En consecuencia, estas entidades no son autónomas; se determinan recíprocamente, desdibujando las fronteras que en tiempos pasados eran más visibles entre el mundo rural y el mundo urbano. Con la revolución informática y la transversalidad de las redes, las distancias desaparecen en las representaciones virtuales, las identidades se tornan plurales y mutantes y su alcance permite apropiarse de imágenes e información sin límites temporales ni espaciales, creando nuevas figuras de socialidad que generan cosmovisiones emergentes.

No está demás subrayar el poder de la organización societal en la cotidianidad de la urbe; su dinámica omniabarcante en lo material, social y subjetivo constituye una fuerza y un abanico de posibilidades para la reconstrucción de nuestras ciudades en los distintos órdenes mencionados. La dirección de los cambios que se producen nos permite conocer las tendencias y transformaciones que entretejen los hilos de diferentes tiempos y orientaciones, donde la ciudad es sujeto social traducido en las categorías de ciudadanía, identidad y diferencias en un espacio multiétnico y pluricultural que nos remite al caso de nuestro país.

Con relación a la ciudad física venezolana, las condiciones topográficas y morfológicas de gran parte de las urbes son inestables; son impredecibles las catástrofes que pueden suceder por eventos naturales. Venezuela como espacio físico, social y geopolítico, no ha podido alcanzar un equilibrio entre la expansión urbana, las necesidades como sociedad en crecimiento y el frágil asentamiento donde vivimos.

Al mismo tiempo, la ciudad es reconstruida por los que la piensan y la sienten; por quienes recorren imaginariamente los caminos visibles y las rutas secretas que conducen a espacios simbólicos donde se conjuga lo lúdico con lo formal, lo triste con lo alegre, lo imprevisto con lo habitual. Esta reflexión insta a renunciar al sueño de encontrar comportamientos humanos claramente objetivos y racionales, lo que obliga a reconocer otros escenarios de la experiencia social, pues:

...la vida cotidiana se presenta como una realidad interpretada por los hombres y para ellos tiene el significado subjetivo de un mundo coherente. El mundo de la vida cotidiana no sólo se da por establecido como realidad por los miembros de la sociedad en el comportamiento subjetivamente significativo de sus vidas. Es un mundo que se origina en sus pensamientos y acciones y que está sustentado como real por éstos (Berger y Luckman, 1986:36-37).

La gestación, evolución y transformación de los universos imaginarios articulados a la existencia material objetiva, es una constante en la construcción política de la ciudad que busca configurar un modo propio de ser urbano en el nosotros colectivo.

Bibliografía

- ALMANDOZ, A. (2002). *La ciudad en el imaginario venezolano. Del tiempo de Maricastaña a la masificación de los tejados rojos*. Fundación para la cultura urbana, Caracas.
- ARANGUREN, C. (2006). Múltiples miradas al conocimiento de la ciudad. En: Carmen Aranguren y Ángel Antúnez (Coords. y coautores). *Itinerarios y enseñanza de la memoria urbana de Mérida*. Producciones Editoriales, C. A. Mérida, Venezuela, pp. 21-34.
- AUGÉ, M (1993). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la modernidad*. Gedisa, Barcelona, España.
- BERGER, P. y LUCKMAN, T. (1986). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu, Buenos Aires.
- CALVINO, I. (1974). *Las ciudades invisibles*. Minotauro, Buenos Aires.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1997). *Imaginarios urbanos*. Eudeba, Buenos Aires.
- (1994). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo, México.
- HELLER, A. (1977). *Sociología de la vida cotidiana*. Península (Historia-Ciencia-Sociedad, No. 144), Barcelona.
- MARÍN HERNÁNDEZ, E. (2007). La ciudad multicultural. Entrando por los arrabales. En: *Ciudades Glociales. Estéticas de la vida cotidiana en las urbes venezolanas*. Miguel Ángel García e Hijo, SRL, Caracas, pp. 101-114.

- MARÍN HERNÁNDEZ, E. y ARANGUREN, C. (2004). Prácticas escriturales sobre ciudad y ciudadanía venezolana. En: *Revista de Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales*. No. 9. Facultad de Humanidades y Educación, Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela, pp. 95-109.
- MARTÍN BARBERO, J. (1987). *De los medios a las mediaciones*. Gustavo Gili, México.
- NIÑO, W. (2007). Transcripción de entrevista realizada por Globovisión en el programa "Yo Prometo", Caracas, 07-01, 10 p.m.
- PÉREZ HERNÁNDEZ, E. (2000). La relación entre ciudad y medio ambiente. El paradigma urbano. En: Carlos Torres Tovar; Fernando Viviescas, M. y Edmundo Pérez Hernández (Comps.). *La ciudad. Hábitat de diversidad y complejidad*. Santafé de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, pp. 288-301.
- PÉRGOLIS, J. C. (2002). *El centro de la ciudad*. Editorial Libris Ediciones, Bogotá.
- PIÑA OSORIO, J. M. (2002). *La interpretación de la vida cotidiana escolar. Tradiciones y prácticas académicas* (2da. reimpresión). México. UNAM/ Plaza y Valdés, S.A.
- RAMOS, M. E. (2002). *Fotociudad. Estética urbana y lenguaje fotográfico*. CANTV, C. A., Caracas.
- RODRÍGUEZ, M. y SABARIEGO PUIG, M. (2003). Educación de la ciudadanía europea. En: *Revista de Educación*. No. 302. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Madrid, pp. 295-320.
- SILVA TÉLLEZ, A. (2004). *Imaginario urbano: hacia el desarrollo de un urbanismo desde los ciudadanos. Metodología*. Convenio Andrés Bello/Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
- SIMMEL, G. (1986). *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Ediciones Península. Barcelona, España.
- VILLASANTE, T. (1988). *Las ciudades hablan. Identidades y movimientos sociales en seis metrópolis latinoamericanas*. Editorial Nueva Sociedad, Caracas.
- VIRILIO, V. (1995). Dromología: la lógica de la carrera. En: *Revista Letra Internacional*. No. 39, julio-agosto. Madrid.
- VIVIESCAS MONSALVE, F. (2000). Pensar la ciudad colombiana: el reto del siglo XXI. En: Carlos Torres Tovar; Fernando Viviescas, M. y Edmundo Pérez Hernández (Comps.). *La ciudad. Hábitat de diversidad y complejidad*. Universidad Nacional de Colombia. Santafé de Bogotá, pp. 40-63.
- ZARONE, G. (1993). *Metafísica de la ciudad. Encanto utópico y desencanto metropolitano*. Pre-Textos, Murcia, España.